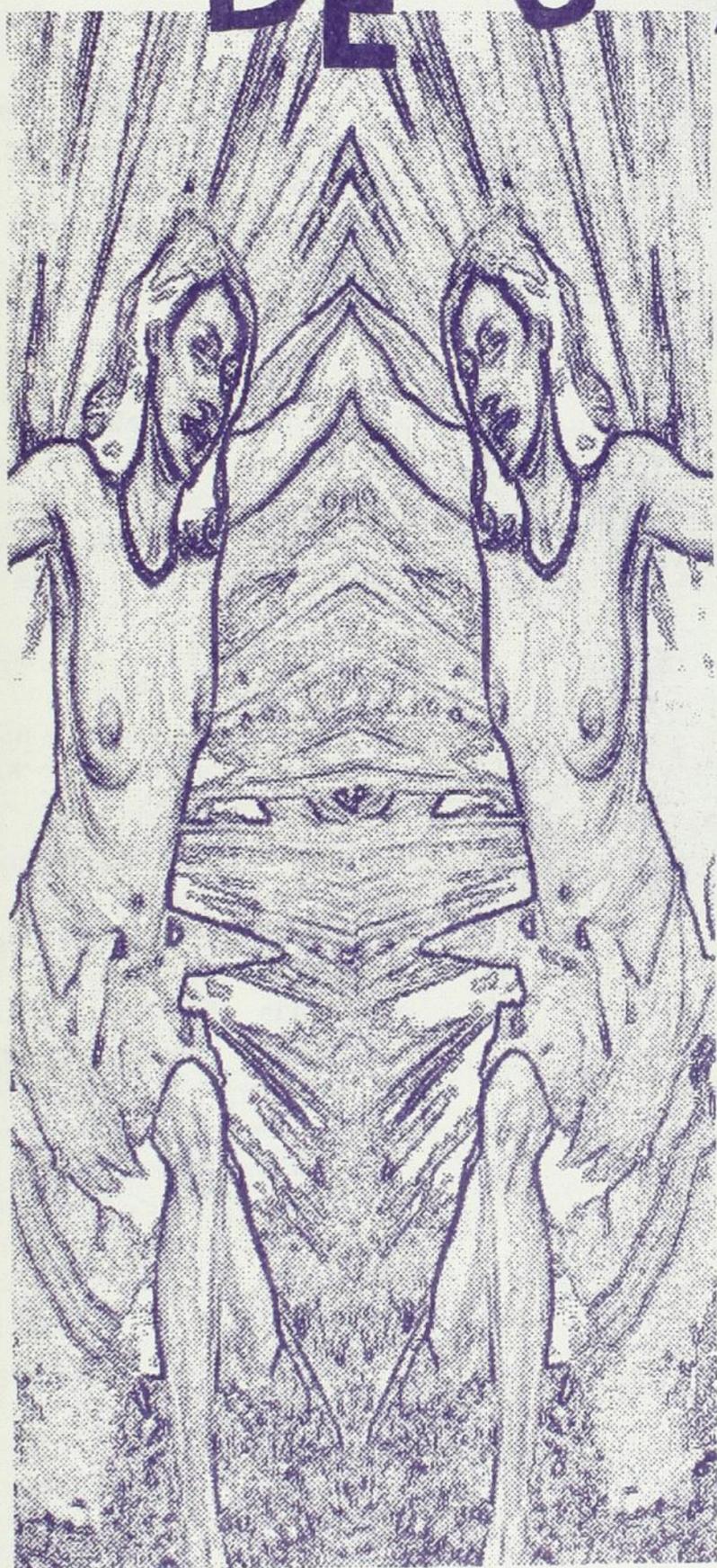




Margarita Pisano

LA LEGITIMIDAD DE UNA UTOPIA



En contraposición al mundo pragmático en que estamos estacionados, en estos tiempos hay una creciente preocupación por hablar y replantear las utopías. Este hecho se debe al caos cada vez más evidente en que vivimos y al agotamiento del sistema en cuanto a plantear alternativas de cambio donde los humanos y humanas podamos desarrollar libremente todas nuestras capacidades de constructores de sociedad y cultura.

Estos juegos de imaginación de proyectar una sociedad diferente nacen de la constatación cotidiana de la irracionalidad del sistema que nos está llevando a la autodestrucción.

El conformismo y la resignación que se nos atribuye respecto a los desafíos es una construcción ideológica. Nuestras rebeldías expresan los deseos de cambio y las potencialidades que tenemos los humanos y humanas de crear, de colaborar y de conectarnos con energías positivas. Estas rebeldías han estado presentes a través de la historia de la humanidad.

Muchos momentos históricos han estado marcados por los deseos de cambio, sin embargo han sido atrapados por la lógica del sistema, perdiendo así su capacidad transformadora. Los conocimientos aportados por las mujeres no están libres de ser atrapados por esta misma lógica.

Podemos analizar la propuesta de una utopía feminista como un pequeño paso adelante, o podemos leerlo como un hito tan significativo como fueron la fundación de naciones que tanto brillo se les saca en la historia oficial.

¿Quién pone las dimensiones? ¿Los ejércitos de miles de guerreros, o grupos mujeres que se atreven a internarse en espacios tan pedregosos y peligrosos como es proponer un nuevo orden simbólico valórico en el tapete de las utopías? ¿Cómo podemos escribir esta historia? ¿Cómo podemos ponerle las proporciones de su significado?



Quisiera que en nuestras memorias aparecieran los nombres de las mujeres que nos dieron el derecho a voto. Quisiera también que un día las que hacen posible el pensamiento feminista en la historia aparezcan en la historia con nombres y apellidos.

El Feminismo no es solamente un movimiento social reivindicativo de los Derechos de las Mujeres, es un cuerpo de conocimientos y saberes que hemos generado y que hoy día constituye una propuesta filosófica, ética y política muy importantes a los desafíos que tenemos como humanidad.

Este cuerpo de conocimientos ha permitido al pensamiento contemporáneo complejizar sus aproximaciones a la realidad. Pero aún no es estudiado con toda su perspectiva. En general la aproximación que se hace del feminismo está marcada por la asimilación de las mujeres al sistema y no es visto ni leído desde su propuesta civilizatoria.

Nosotras, las feministas, sabemos que cada vez que logramos acceder a lo público esto produce resistencias y presiones. Es importante estar atentas para que nuestras propuestas no sean asimiladas, para que no pierdan su objetivo profundamente transformador y para que nuestra participación no sea usada una vez más en recrear el sistema simbólico/valórico vigente.

Vivir en libertad y armonía es uno de los deseos más queridos por la humanidad y una legítima utopía de las mujeres. Como especie humana no hemos descubierto aún el secreto de cómo hacerlo.

Lo que nosotras las feministas sí hemos descubierto es que nuestra forma de relacionarnos está traspasada por la dinámica de dominio. Es en la relación hombre/mujer, en el mundo de los afectos de la pareja reproductiva, donde aprendemos e internalizamos como natural que unos son más legítimos que otros. A partir de esta relación de dominación entre hombre y mujer instalamos la lógica del dominio que permea y traspasa todas nuestras relaciones: entre jóvenes y viejos, blancos y negros, ricos y pobres, cuerpo y espíritu, hombre/naturaleza.

Esto es lo que yo llamo los cortes conflictos que cruzan nuestras formas de construir sociedad y cultura.

Creemos que debemos dominar la vida y la naturaleza, que la tierra y lo que en ella crece y habita están para ser tomados por el hombre, que están para su servicio y

complacencia. Esta lógica sólo produce violencia y destrucción.

La gran experiencia histórica de lo femenino ha sido fundamentalmente ser un complemento: alguien, este ser femenino que completa algo. Podemos leer en la producción simbólica de la Humanidad este complemento, sin embargo, no aparece la mujer como productora de cultura. Es la mujer la que ha estado invisible, no lo femenino como categoría política. La construcción simbólica sobre la feminidad ha ocupado una parte importante en la producción de la cultura y ha sido hecha desde un cuerpo ajeno, el cuerpo varón. La mujer no ha existido, aunque ha resistido, lo que ha existido es la feminidad como producto de la construcción ideológica.

Cuando nos planteamos estudiar a las mujeres estamos aludiendo a descubrir cómo hemos vivido la historia y cómo vivimos actualmente. Visibilizar la condición de la mujer ha sido uno de los logros que hemos conseguido las feministas. Hoy día está relativamente instalado como un hecho de la realidad -en algunos espacios más que en otros- que las mujeres hemos sido y somos discriminadas y marginadas y que esto no es natural, sino que es un hecho de sutil y/o directa violencia ejercida sobre ella. Solamente si nos proponemos entender esta realidad como una construcción de lo humano podremos transformarla.

Las diferentes culturas que habitan el planeta de una u otra manera contienen un hilo común: la vida de las mujeres ha estado traspasada por diferentes formas de discriminación basadas en mayor o menor violencia hacia ellas. Leer este hilo común nos lleva a identificar una macro-cultura que nos da la perspectiva global de lo que hemos vivido y vivimos hombres y mujeres. Esta macrocultura es lo que nosotras definimos como cultura patriarcal.

Usar la categoría de patriarcado en nuestros análisis nos lleva a preguntarnos qué es lo natural y qué es lo cultural. Si pensamos que lo natural es que unos humanos son más humanos que otros: por su color, edad, sexo, o el lugar donde han nacido permaceremos





atrapados en el sistema. La otra posibilidad es asumir que es una construcción cultural y que por lo tanto puede ser desconstruida y esta es una responsabilidad de todos: mujeres y hombres.

Esta cultura nos ha llevado a una crisis más que profunda, casi irreversible. Presenciamos un deterioro en nuestro planeta que afecta incluso los elementos básicos para la vida: tierra, aire y agua contaminados, un proceso acelerado de pérdida de la bio-diversidad y entre los humanos no hemos logrado vivir en paz, armonía y libertad, a pesar de todas las buenas intenciones que podemos leer en los discursos políticos y religiosos. Seguimos en guerras; seguimos sin saber repartir la comida; cada vez son más mujeres y más pobres los pobres del mundo; la violencia sobre el ser humano está presente en el ámbito de lo público y en el mundo íntimo de los afectos y del amor. Podemos estar preocupados... y seguir en la lógica del dominio elaborando prohibiciones y castigos, basándonos en la omnipotencia de que con la tecnología y el desarrollo resolveremos los problemas cada vez más visibles de la depredación y la violencia.

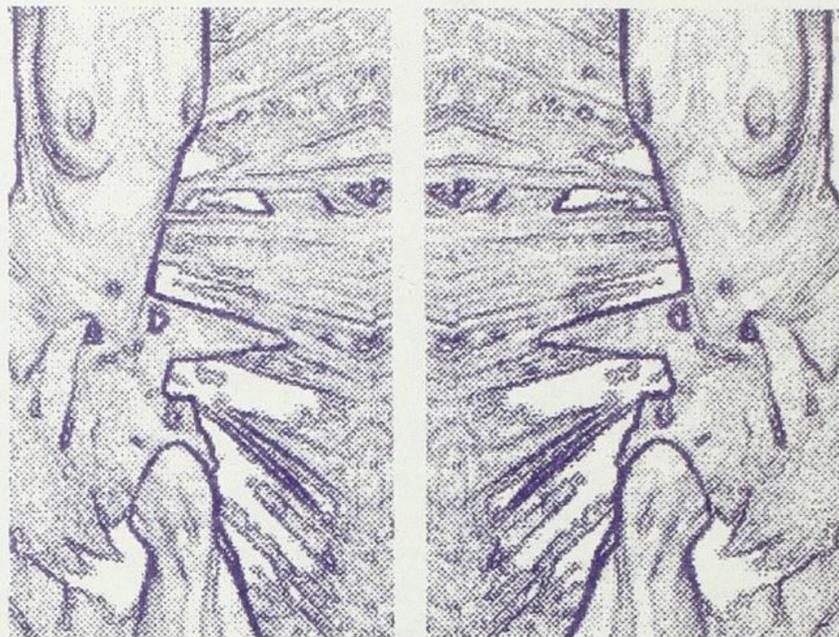
Constatamos una incapacidad de reaccionar de los grupos hegemónicos masculinos, quienes atrapados en un sistema de poder y hoy en un pragmatismo negativo ocultan y niegan la capacidad creativa existente de diferentes grupos de humanos y humanas.

La cultura patriarcal, con sus sistemas ordenadores/ legales -políticos, económicos, ideológicos, religiosos- no es capaz de asumir este gran desorden y lo sigue leyendo como el único orden posible que sólo hay que perfeccionar. Omnipotencia engeguecedora. Pareciera que todo ya está establecido y no queda más que jugar el juego único, como si no hubiera otro, jugar en sus resquicios, pero finalmente jugar su juego de dominio.

Esta crisis es la crisis de la razón y la lógica del colectivo hegemónico masculino. Las mujeres no hemos sido constructoras de esta crisis, no nos pertenece. Los intentos de aportes de las mujeres a la construcción de cultura han sido sistemáticamente sancionados e invisibilizados. Asumirla y entenderla como nuestra es no ver donde hemos estado en la historia y es negar nuestras propias biografías propias. Esta no es nuestra cultura, aunque estemos colonizadas en ella y algunas hayan accedido al poder y otras gocen de ciertos privilegios femeninos. Hemos sido reproductoras sí, pero no productoras de cultura (basta ver las bibliotecas y museos).

Hoy día nuevamente algunas mujeres estamos elaborando propuestas y construyendo utopías. Esto constituye uno de los fenómenos políticos más importantes de nuestros tiempos e implica para nosotras romper varias barreras en nosotras mismas, pues el peso de la historia y de lo femenino como complemento de lo masculino nos inclina a seguir, muchas veces sin darnos cuenta, en esta complementariedad a las ideas producidas por otros.

La autonomía e independencia que debemos tener para atrevernos a cuestionar esta cultura pasa por la recuperación de nuestra corporalidad y de nuestra mente: con un cuerpo al servicio de otros no podemos tener autonomía e independencia; con una mente como complemento de otros no podemos ser productoras de cultura y por lo tanto de



sociedad. Recuperar nuestra corporalidad es recuperar nuestra capacidad humana creativa, es acercarnos a la libertad.

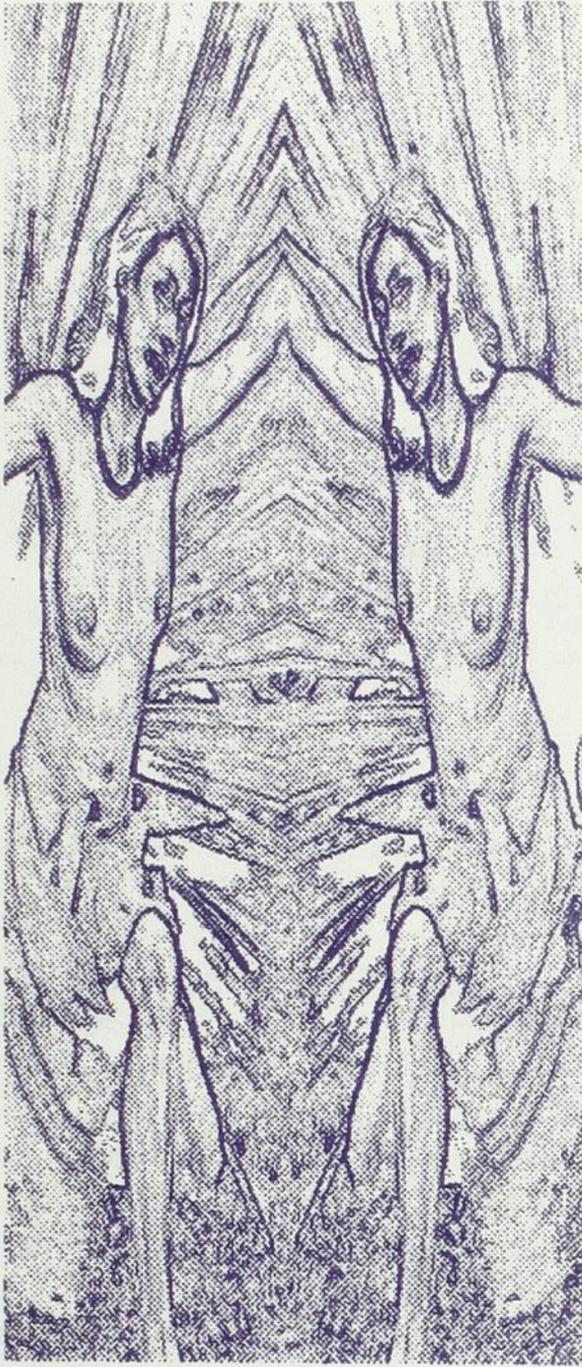
La urgencia de revisar con desparpajo lo que hemos construido como sociedades, de atrevernos a discutir la cultura vigente, sus grandes pensadores y sus instituciones, es la gran aventura de nuestros tiempos y las mujeres en esto, tenemos una ventaja, la ventaja de haber sido excluidas.

Los deseos de cambio han estado presentes en la historia. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, por ejemplo, han sido producto de la creatividad humana. La Humanidad ha transitado por diferentes propuestas que han quedado como utopías sin concretar, atrapadas en la lógica del dominio. Estas propuestas, que han aportado cambios significativos al instalar en el imaginario ideas realizables, deberían conectarnos con nuestra capacidad de cambio. Los avances de la ciencia contienen aportes al bienestar de la Humanidad, sin embargo al ser atrapados por la lógica del dominio se revierten reciclando y concretando la cultura patriarcal.

La resistencia y la rebeldía de las mujeres son deseos de cambio que se han expresado en diferentes períodos históricos, no son un producto de la "modernidad". Las mujeres no nacemos naturalmente inferiores, hemos resistido y los avances logrados dan cuenta de estas resistencias. Sin embargo, permeadas y colonizadas en la femineidad, nuestra resistencia, la mayoría de las veces, pierde su proyección filosófica y política transformadora.

La construcción de lo femenino y lo masculino constituye uno de los cortes/conflictos básicos del patriarcado. Estos espacios signan a lo femenino y a lo masculino con una serie de símbolos y valores de lo que deben ser cada uno de ellos:

-Lo masculino, como lo creativo, lo autónomo, lo independiente, lo que contiene la razón y la lógica. Lo masculino crea la cultura y por lo tanto construye lo social y lo político. Es esencialmente lo que constituye lo "humano".



-Lo femenino como lo intuitivo, lo sensible, lo débil, lo dependiente, el mundo de los afectos y del amor. Su principal función es la reproducción como mandato de la divina naturaleza y no como un acto de lo humano.

Este sistema actúa entre nosotros en las relaciones mente/cuerpo. Nuestros cuerpos atrapados en estos espacios cerrados y fijos nos producen resistencias conscientes e inconscientes ya que es imposible responder a esta representación simbólica asignada a nuestra corporalidad. Una persona no tiene una parte femenina y otra masculina, no está fraccionada en dos. Un cuerpo/persona expresado con todas sus potencialidades rompe con esta lectura en constante fricción de lo masculino con lo femenino: es la libertad de salirse del binomio femenino/masculino.

Mientras no nos desprendamos de este orden simbólico/valórico de la feminidad y la masculinidad, nuestros aportes y deseos de cambio permanecerán funcionales a la cultura patriarcal. Desmontar del imaginario

humano la lógica del dominio es instalar en este imaginario otra lógica y otra ética. Una lógica cíclica, abierta, permeable, integradora de la diversidad, en la que la diversidad sea fuente de información, no de contradicción, de conocimiento, de creación, una lógica que rompa el concepto de enemigo, una lógica que respete a la naturaleza en su ciclicidad y en su temporalidad, una lógica que rompa el deseo inalcanzable de seguridad a través de la acumulación, del poder como control sobre otras vidas.

Hoy día estamos viendo que al intervenir lo cíclico del universo lo que conseguimos no es mayor seguridad, lo que conseguimos es la inseguridad de la sobrevivencia de la especie y del planeta y mucho sufrimiento.

Los momentos más agudos y críticos del sistema son las guerras, las dictaduras y hoy las catástrofes "*naturales*" que ya no son tan naturales, y todas son el resultado del dominio ejercido. Es en estos agudos del sistema donde hemos tomado conciencia de los derechos humanos, y ahora de los derechos de la naturaleza.

Los hombres como legítimos dominadores han sustentado el poder y desde ahí perpetúan el sistema en una cadena de privilegios e injusticias que también los atrapa a ellos. Los hombres tienen el desafío de trabajar sus privilegios, dejando que los deseos de cambio fluyan y hagan posible las transformaciones urgentes y profundas que necesitamos todos.

Es más difícil trabajarse los privilegios que las injusticias y los sufrimientos, esto lo sabemos todos. Los privilegios, los prejuicios y las resistencias siempre, peligrosamente, asumen el discurso de preservar los valores de la humanidad.

Desde el cuerpo de conocimientos que ha construido el feminismo hay una propuesta que está fantaseando un futuro, arraigada en experiencias vitales reales del ser humana. Las mujeres, en nuestras difíciles rupturas con los modelos femeninos, hemos ido haciendo procesos de individuación, recuperando una dimensión que nos hace estar en la aventura de la creatividad de un cambio que nos involucra a todos y a nuestro entorno. Nuestro deseo no es acceder a la cultura vigente asumiendo sus dinámicas de dominio. Nuestro deseo es producir un cambio civilizatorio donde la colaboración sea la dinámica que prevalezca en nuestras formas de relacionarnos (otra ética).

Los conocimientos del feminismo han sido construidos al margen de la institucionalidad (academia, iglesia, partidos políticos, estado). Estos conocimientos han sido posibles por la rebeldía de cientos y miles de mujeres en todo el mundo que se han atrevido a abrir espacios alternativos de conocimiento en los que han cuestionado sus vidas íntimas, su sexualidad; en los que se han atrevido a romper sus silencios, a pensar y a organizarse. Son mujeres que se han atrevido a bajarse de los tacos altos, que han descubierto que los tacos altos no son inocentes, pues pararse, caminar y correr sobre la tierra es difícil, sobre tacos es inseguro y casi imposible. Son mujeres que se han atrevido a abrir espacios como éste.

Quiero terminar diciendo que indagar en las potencialidades de la creatividad, de fantasear futuros realizables, de desprendernos de la lógica del dominio, es la aventura más fascinante que como especie nos toca vivir.